

## **CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”**

**Carlos Herrán**

Entrevista realizada por  
María Soledad Gesteira,  
María Mercedes Hirsch y  
Soledad Torres Agüero



Entre algunas de las funciones en las que se desempeñó Carlos Herrán puede destacarse su rol como vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, director del instituto de Cs. Antropológicas y del Departamento de la carrera en esa casa de estudios. Carlos Herrán, profesor de varias generaciones de antropólogos y compañero de tantas otras falleció en noviembre de 2013. Vaya nuestro recuerdo y homenaje con esta entrevista.

Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros "Trayectorias"*<sup>1</sup>. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados. En este número, hemos incorporado la entrevista a Carlos Herrán, realizada durante el año 2010, en la ciudad de Buenos Aires<sup>2</sup>.

Carlos Herrán falleció a finales de 2013, de modo que la incorporación de su entrevista en este número de la revista *PUBLICAR* es un homenaje a su trayectoria y un agradecimiento por haber formado a tantos antropólogos y antropólogas en la Argentina.

Carlos Herrán estudió Antropología en la Universidad de Buenos Aires e hizo cursos de posgrado en el Instituto Di Tella. Realizó trabajo de campo durante varios años en Catamarca, del que resultaron artículos publicados y capítulos de libros. Fue Profesor Titular Plenario, Director del Departamento de Antropología y del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, Vicedecano, Miembro de la Comisión de Doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Dirigió 15 Tesis de Doctorado en la Universidad de Buenos Aires y 4 de Maestría en FLACSO, donde fue profesor. Fue también profesor invitado en la Ecole des Hautes Etudes en Ciencias Sociales y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Formó parte de Comisiones Asesoras y de la Junta de Calificaciones del CONICET. Fue Profesor Consulto en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

\*

**Carlos Herrán:** *¿Y cuánto dura todo esto? (pregunta por la entrevista).*

**Entrevistadoras:** **Dura lo que querramos que dure y nos podemos**

---

<sup>1</sup> Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

<sup>2</sup> La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Gesteira y ajustada al formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de contribuir a la legibilidad del relato. De este modo, el texto resultante presenta algunas diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

**encontrar otro día, pero en general duran una hora y media, dos horas. ¿Usted tiene algún límite de tiempo hoy?**

**C.H:** No, lo que pasa es que tengo una vida muy larga (*risas*), en realidad tendrían que tener como veinticuatro horas (*sonríe*)...

Era la época de oro de la Universidad de Tucumán: mi papá tenía treinta años y sus compañeros, todos más o menos de la misma edad, que fueron amigos de toda su vida después, eran (00:43) Risieri Frondizi, Enrique Anderson Imbert, Eugenio Pucciarelli, todos grandes intelectuales argentinos en realidad. Mi papá estuvo ahí un tiempito. Como él además de dedicarse a la filosofía era abogado, hizo muy buenas relaciones, según parece, en Tucumán. Entonces lo nombran Juez de la Suprema Corte. Y, más o menos por el año 45, 46, nos volvimos a Buenos Aires.

La casa de mi abuela era en Lomas, vivimos un año más o menos. Ahí fui a primer grado, empecé el colegio, una escuela municipal que quedaba en el barrio de Almagro. Ahí hice hasta segundo grado. A partir de tercero había una maestra que odiaba a los varones y me sacaron del colegio. Ningún varón pasaba de segundo, los pobres que pasaban a tercero la pasaban muy mal. Entonces fui a un colegio de la calle Independencia que quedaba a cuatro cuadras de mi casa. Fuimos a vivir ahí porque una hermana de mi papá vivía a una cuadra de mi casa y ahí armamos como una especie de... tipo dos familias pegadísimas, vivíamos así como dos familias juntas, casi.

Igual que mi papá, mi abuelo, mi bisabuelo y todos mis antepasados, fui al Colegio Nacional Buenos Aires. Todavía me veo con mis compañeros del colegio, porque nos habíamos dejado de ver durante, no sé, cincuenta años (*se ríe*). Cuando cumplimos cincuenta años de bachiller nos juntamos todos. Y todavía en la era del e-mail estamos super comunicados.

Esa era la primera parte. Después, empecé a estudiar Derecho y dije: esto no es para mí. Di dos materias que eran Introducción y político que tenían algo de Ciencia Política, era interesante, pero cuando vi que me tenía que aprender todo el Código Civil de memoria, dije: no, yo no puedo estudiarme todo esto de memoria, no me parece un trabajo saludable, digamos.

Mi papá era abogado pero él amaba la filosofía, me decía siempre que la profesión de abogado era mucho peor que estudiar Derecho. Yo cuando salgo del colegio, al poco tiempo, con un amigo que es un arquitecto que ahora vive en Costa Rica, que era compañero del colegio y escribía teatro, decidimos hacer teatro. Nos fuimos a probar en varios lugares y al final en Nuevo Teatro nos dijeron: "nosotros cursos no hacemos pero les vamos a hacer una prueba". Como veinte que estábamos ahí y a mí me dieron un papel en el teatro. Durante un año trabajé en Nuevo teatro en una obra que yo les diría que fue absolutamente profética (*sonríe*), porque la obra se llamaba "Herederás el viento" y es una historia verdadera, basada en la historia real de un maestro al que le hacen un juicio por enseñar la teoría de la evolución de Darwin en la escuela. El abogado defensor era Pedro Asquini; la novia del maestro (que en esa época tenía muchos años menos) era Alejandra Agüero; el periodista (que era un cínico materialista) era Héctor Alterio. Yo trabajé con ellos durante bastante tiempo, teníamos funciones todos los días y dos funciones los domingos. Hasta

que, bueno, la obra bajó de cartel y Asquini me llevó al teatro de la Facultad de Derecho y ahí también trabajé en una obra. Y después ya cambié, no seguí con el teatro (*sonríe*)... hasta que en Misiones había un teatro universitario y me pidieron que trabajara allí. Entonces trabajé en una obra, “El nuevo mundo” de Somigliana, haciendo el papel del Marqués de Sade, con peluca y todo, un calor espantoso tenía (*se ríe*). Y eso fue lo último que hice en teatro.

Estudié música. Yo tocaba jazz en el piano y una vez me oyó tocar un músico de jazz que hacía poco había vuelto de Europa, que era Lalo Schifrin, y me dijo: yo te voy a enseñar. Venía a mi casa y me enseñaba armonía, composición y cosas de ese tipo. Hasta que se fue a Estados Unidos, entonces él me pasó con otro profesor y seguí con un tipo, hasta que vino la historia de que todos teníamos que hacer el servicio militar. Ahí se me cortaron muchas cosas. Cuando terminé el servicio militar a mí se me planteó el gran conflicto de que quería estudiar otra cosa. Me gustaba mucho la filosofía pero mi papá me dijo: ¿por qué mejor no estudiar Letras? Entonces empecé a estudiar Letras que realmente no convencía, es decir, me gustaba mucho la literatura, pero eso de la crítica literaria de desarmar toda la literatura a mí no me interesaba mucho. Y estando en la facultad me enteré de que existía la carrera de Antropología, yo no lo sabía. Y empecé a dar a vueltas por el Museo Etnográfico. Además yo había cursado Introducción a la Historia (que era obligatoria para todas las carreras) y había algunos compañeros de Antropología allí. Entonces me pasé de carrera sin perder las tres materias que tenía que eran las introductorias.

Empecé Antropología en la época en que éramos un pequeño grupo del Museo Etnográfico, porque las clases se daban en el Museo. Los primeros alumnos de Antropología era gente de la carrera de Historia que cuando se crea Antropología se pasan a Antropología. En ese grupo estaban Blas Alberti, Cordeu, Hugo Ratier, María Rosa Neufeld que, si bien era más chica que yo, era de los que empezaron en Historia y Menéndez, por supuesto, Mirtha Lischetti. Era toda gente que había tenido como gran maestro, que además admiraban muchísimo, muchísimo, a José Luis Romero que daba Historia Social. La historia social con la antropología tenía mucho contacto, pero nunca les dieron equivalencias de Historia Social por alguna materia de Antropología.

Cuando empecé a estudiar Antropología, no me convenció demasiado lo que... Es decir, había un grupo muy pequeño de profesores en aquella época que tenían un concepto muy anticuado (para hoy, digamos) de la antropología: uno tenía que saber Antropología Física, Arqueología, Folklore, Etnología. Esas eran las cuatro ramas y la carrera se componía de esas cuatro ramas. Pero fuera de la carrera de Antropología había cosas muy interesantes; por ejemplo, teníamos obligatoriamente una Introducción a la Sociología y una Sociología Sistemática. Ahí en la Introducción a la Sociología (que la daba Jorge Graciarena) se veían un montón de textos de antropología que no se veían en la carrera: Herskovits, Malinowski, Ruth Benedict. Todo se veía en Introducción a la Sociología ¿Por qué? El programa que originalmente lo había hecho Gino Germani tenía, digamos, sociedad y cultura, las dos grandes ramas y el término “sociocultural”

aparecía como una cosa muy integrada.

"Gracias a Esther Hermitte me pude escapar de un seminario donde tenía que juntar 50 mitos"

Esther Hermitte trabajó para su doctorado con toda la cuestión de... La tesis se llama *Poder sobrenatural y control social*, Es decir, cómo el control social en esa comunidad hispano-indígena, digamos, se realiza a través de la brujería. Ella tuvo una cosa muy profunda de contacto, como dice Malinowski, de verdadero contacto con la gente, incluso con los brujos. Hay muchísimo material inédito de eso, supongo que debe estar en el IDES porque eran cosas de la biblioteca de ella. Ella me dijo que tenía historias de vida como de cincuenta brujos, muchísimas cosas tenía. Hizo su tesis y después del doctorado se viene a la Argentina. En la Argentina entra no sé si como profesora contratada a la carrera de Antropología y solamente está un cuatrimestre, nada más, dicta un seminario. Yo, gracias a ese seminario, me pude escapar de otro seminario que era obligatorio (de etnografía) con Bórmida, que tenía que juntar 50 mitos, juntar ¿eh?, juntar 50 mitos. Las normas de los profesores en aquella época eran esas: "usted tiene que juntar tal cosa"... Y después eso quedaba para el patrimonio de ellos, era así, la explotación total (*sonríe*). Para eso me habían dado una lista que eran como tres páginas de bibliografía, que eran inconseguibles, las habían sacado de otras bibliografías. Era imposible, imposible. Yo decía: nunca puedo salir de acá. Aplicando ciertos principios metodológicos de la fenomenología había que analizar esos cincuenta mitos. Entonces apareció Esther que daba un seminario que se llamaba "Estructura social de los mayas contemporáneos". Ahí me anoté, éramos seis o siete. Rechazó todos los trabajos de seminario que le presentaron, salvo el mío y el de Bartolomé (*se ríe*). De ahí empezó mi relación y, por otro lado, un grupito de gente en el cual estaban Santiago Bilbao, Menéndez, María Rosa Neufeld, Mirtha Lischetti armaron como una especie de grupo de estudio con Esther, con la cual después quedaron muy peleados. Viene la noche de Bastones Largos<sup>3</sup> y Esther es de los pocos profesores de antropología que renuncia, es decir, fue todo muy desparejo en realidad, ¿no? En el Departamento de Sociología, por ejemplo, que estaba dentro de la facultad en aquella época, renunciaron todos. Es discutible la cuestión de las renunciaciones, yo no sé, además yo no tenía ningún cargo de nada así que no podía renunciar a nada... Para la Universidad de Buenos Aires fue un golpe del cual no se repuso jamás. Sobre todo, facultades como Ciencias Exactas que habían conseguido un nivel extraordinario de producción, de calidad, quedaron desmanteladas totalmente. Muchísima gente se fue, se fue del país. Se fueron a trabajar en lo que pudieron y algunos no volvieron más.

Cuando se va Esther, un día me llama por teléfono... ¿Qué va a hacer

<sup>3</sup> El 29 de julio de 1966 cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires, ocupadas por estudiantes, profesores y graduados, en oposición a la decisión del gobierno militar de intervenir las universidades y anular el régimen de gobierno, fueron desalojadas por parte de la Dirección General de Orden Urbano de la Policía Federal Argentina. Esa noche es conocida como "La noche de los bastones largos".

ahora?, le digo. “No, yo tengo otro trabajo”, me dijo, “estoy en el Instituto Di Tella”. El Instituto Di Tella tenía varios centros de investigación. Uno se llamaba Centro de Investigaciones de Sociologías Comparadas que después se llamó Sociales. Otro se llamada Centro de Investigaciones Económicas. Había un Centro de Estudios Urbanos y Regionales, que es el CEUR, que creo que todavía continúa, aunque fuera del Di Tella. Después se creó un Centro de Estudios en Administración Pública. Había un Centro de Estudios en Educación. Había muchísimos centros, más los centros de arte que funcionaban en la calle Florida. Ahí se hacían los happenings (*sonríe*)... A ese lugar lo llamaban “la manzana loca”, eran todas las cosas de Marta Minujín, todo eso dentro del ámbito del Di Tella. El centro donde yo estaba tenía una estructura que había tres investigadores que se llamaban Investigadores Principales/ Investigadores Jefes, que eran los que tenían por lo menos doctorados importantes en el extranjero, que eran tres nada más: Marzal, un sociólogo que después murió; García Bouza que era un psicólogo social y Esther, nada más. Y los demás eran Investigadores Asociados. También había un grupo de demografía muy importante, era un grupito de diez personas y éramos un grupo de ayudantes.

Mi trabajo era muy especial, porque yo entré en el Di Tella y todavía no me había recibido, era el 67, y ahí nomás me largué a hacer trabajo de campo. Porque Esther, cuando recién vino, anduvo dando vueltas, y el lugar que le interesó para hacer trabajo de campo fue Belén en Catamarca. ¿Por qué? Porque, como dice la misma gente de Belén, Belén tenía vida propia. Yo estuve desde 67 al 70 ahí. En el año 69, a partir de un estudio previo que hacía CELADE (que es el Centro Latinoamericano de Demografías que tiene Naciones Unidas) para el censo de 70, se iban a hacer censos pilotos en varias ciudades de la Argentina. Y nosotros conseguimos que como ciudad mediana o pequeña se hiciera en Belén. Y tuvimos el censo completo de Belén pero agregamos una pregunta sobre si tenían telares en las casas. Belén tenía 6000 habitantes en esa época y había 900 telares, uno por familia debía ser, es decir, era la actividad principal. Yo estuve trabajando en total más o menos un año, y Esther habrá estado siete u ocho meses. Y en medio de eso a ella la invitaron como profesora, me parece que fue la Universidad de Minnesota, y estuvo un semestre ahí. También estuvo en Michigan. Varias veces ella se fue como profesora invitada a Estados Unidos.

El Di Tella entra en crisis, hay crisis económica, así terrible. Casi no quedan investigadores, a Esther la rebajan a part-time. Y a todos los investigadores directamente nos descontinuaron, no había más ayudantes. Yo en ese momento me presenté a una beca de graduados de la Universidad de Buenos Aires que me la dirigió Horacio Difrieri, profesor de geografía pero que había hecho trabajos de arqueología, tenía bastante conocimiento de la cosa antropológica y ahí completé cosas del trabajo de Belén, me fui a Belén un tiempito más. Y bueno, como yo tenía una beca, la única actividad que se podía desarrollar era la docencia universitaria. Entonces me conseguí un cargo de ayudante en la UBA y al año siguiente me llamó Eduardo Menéndez para trabajar en la Universidad de Mar del Plata.

Mar del Plata fue algo fabuloso como grupo. Ahí estaba Ratier, María Rosa Neufeld, Bartolomé estuvo un tiempo. Bartolomé estaba haciendo su doctorado en Estados Unidos pero vino a la Argentina y tenía que hacer su

trabajo de campo y dijo: "necesito una dedicación exclusiva para vivir de algo". Mar del Plata no tenía dedicaciones exclusivas todavía en esa época, no sé si las tuvo después. Y un buen día aparece un aviso en el diario que dice: "se necesita un antropólogo social". Jamás había aparecido una cosa así (*risas*). Era en Posadas Misiones. Bartolomé había nacido en Posadas y dijo: "oh, esta es mi patria chica", y ahí se fue, y al año siguiente crea la carrera de Antropología. Pero mientras tanto nosotros estábamos en Mar del Plata.

¿Qué es lo que tenía de excepcional la carrera de Antropología de la Universidad de Mar del Plata?... Ahí fue la primera vez que empecé a dar una materia parecida a HTA (Historia de la Teoría Antropológica), que se llamaba Teoría e Historia de la Antropología. Pero el programa no lo hacía yo solo en mi casa, éramos doce o trece, todos nos reuníamos todas las semanas y entre todos hacíamos todos los programas. Me acuerdo de Menéndez, cuyas adjuntas eran Neufeld y Lischetti, Leandro Gutiérrez daba Historia y Carlos Bastianes daba Metodología. Bastianes era el gerente, medio socio también, de una editorial que se llamaba Periferia.

Yo les estoy hablando más o menos del año 71,72, 73. En el 74 las cosas se pusieron muy mal. Pusieron de Rector de la universidad a un señor que era directamente un fascista y los echaron a casi todos. Pero yo en ese momento no estaba, había pedido licencia porque en el año 74 me llaman para hacer un trabajo del Consejo Federal de Inversiones, que era un estudio sobre las migraciones de Catamarca. Yo estaba absolutamente full-time en ese trabajo que incluso, además, económicamente para mí fue un desastre. La parte donde más me iban a pagar era cuando entregara el informe final y, en medio de eso, antes de que llegara esa fecha, vino el Rodrigazo, me pagaron monedas porque en esa época no había indexación, no había nada.

Hice ese trabajo y cuando volví, volví a Mar del Plata. Y a mí no me habían echado porque yo no estaba, porque no sabían quién era. Parece que hubo un Interventor que tenía una lista de los que eran los buenos y los malos, y yo no estaba en ninguna de las dos y el tipo estaba furioso porque no sabía quién era (*sonríe*). Entonces me dejaron. ¿Por qué? Pusieron una Interventora en Antropología, una Directora del Departamento que colaboró, yo diría, en la echada de la gente y todo, por más que era, supuestamente, una tipa muy de izquierda. Era Leonor Pesina, murió hace unos años. Ella llevó a otra gente, más o menos que serían vinculados a lo hoy en día sería un peronismo de derecha, como Ernesto Abramoff y otra gente. Leonor me dijo que a mí no me echaba porque consideraba que podía haber un proyecto en común, qué sé yo.

En la UBA también estaba pesadísima la cosa. El Director del Departamento después del 73, digamos que viene del gobierno peronista, era Hugo Ratier. A mí me dan un cargo... Es decir, crean un nuevo plan de estudio en el 74, ese plan fue absolutamente renovador en muchos aspectos pero duró el 74 y nada más. Apenas vino la intervención se acabó el plan. Y mi materia, que se llamaba Teoría y Historia de la Antropología I y II, serían como HTA (Historia de la Teoría Antropológica) y TAC (Teorías Antropológicas Contemporáneas) ahora, ¿no? A mí me dieron la I y la II la iba a dar Menéndez. Yo creo que no la llegó a dar porque vino la intervención en septiembre, octubre, más o menos.

Yo tenía como 600 alumnos en ese momento, tenía millones de

ayudantes, no sé ni cuántos tenía. En esa época cada cátedra, es decir, cada agrupación política tenía que tener ayudantes en las diversas cátedras porque cada uno tenía que hacer su propaganda ahí. Mis ayudantes: uno fue Enrique Gorostiaga que era del grupo de Mar del Plata, otra fue Cristina Chiriguini que había sido adjunta mía en Mar del Plata y que fue adjunta mía también en Buenos Aires. Pero me llamó un día el Director del Departamento que era Hugo Ratier y me dijeron: “mirá yo sé que ciertas cosas no se le hacen a un amigo pero te voy a poner de adjunta a Leonor Pesina”. Dábamos clase en el viejo Hospital de Clínicas, en las ruinas del Hospital de Clínicas. No había ni siquiera un pizarrón, no había nada. Yo escribía en la pared con una tiza. De pronto aparecieron unas ratas impresionantes y las chicas empezaron a aullar porque había unas ratas (*se ríe*)... Era una época de terrible violencia, terrible violencia... Cadenazos y cosas de ese tipo, grupos que se agarraban muy mal. Y estaba la figura de la Decana que era Adriana Piuggrós, que no sé cuantos años tendría en ese momento, cuando yo la conocí tendría 20 años. Y dentro de todo ese revoltijo a mí me sale lo de Catamarca. Y ahí yo sé que después vino la mano dura, la facultad estaba tomada... Yo había participado en tomas de la facultad pero parece que entraron a sangre y fuego después.

Cuando vino la dictadura en el 76 la facultad ya estaba dominada totalmente, no tuvieron que hacer nada, ya habían echado a todo el mundo. Yo estaba en Santa María, en Catamarca, y un día llega a mis manos un diario *La Nación* de hacía como cuatro días. Porque ahí el diario nos llegaba cada cuatro días, más o menos. Allá la gente más bien leía *La Gaceta de Tucumán*, Santa María estaba bastante comunicada con la provincia de Tucumán. Un día leo: “a todos los profesores de Filosofía y Letras le han sido anuladas sus designaciones”, salvo una pequeña listita en la cual yo no estaba, y dije: “bueno, me han echado”. Pero otra cosa interesante: en ese momento en que nos habían echado de todas partes, yo decía: “¿y ahora de qué vamos a vivir?” Y Esther me dijo: “¿por qué no damos clases de antropología acá en casa?”. Ella vivía en un departamento de dos ambientes, agarramos una cinta métrica y empezamos a medir a ver cuántas sillas podían caber ahí y surgió esa idea. En ese momento Esther se conectó con gente del IDES, y me dijo: “vamos a tomar un curso en el IDES”. Los dos nos anotamos en el curso sobre el *Leviatán* de Hobbes, pero ahí en ese contacto ella le contó al secretario del IDES, que era Getulio Steinbach, que íbamos a dar clase, entonces él le dice: ¿por qué no lo hacen acá? Y organizan un Centro de Antropología Social en el IDES, que sus miembros éramos Esther Hermitte, Bartolomé, Félix Schuster, Hebe Vessuri y yo, los cinco. Hebe había venido de Inglaterra, se había doctorado en la Universidad de Oxford y no tenía ningún trabajo. Hebe da un curso sobre parentesco, porque había hecho en la Universidad de Oxford toda la parte de parentesco con un gran especialista que era Rodney Needham, entonces dominaba muchísimo todo el tema de las estructuras de parentesco. Y publicó un trabajito, creo que en la revista del Di Tella, que se llamaba “Brujos y estudiantes de magia” y eso tenía que ver con su tesis. Pero ella se va a Tucumán y lo conoce a Santiago Bilbao que estaba en el INTA. Santiago entró al INTA en el Chaco donde también estaba Bartolomé, en el INTA de Sáenz Peña. Bartolomé ahí escribe unos trabajos muy interesantes que yo no sé si se llegaron a publicar, sobre movimientos milenaristas de los



indígenas del Chaco por el año 1920, más o menos. Pero después a Santiago lo trasladan a Tucumán y se casa con Hebe y se quedan en Tucumán hasta que en el 75 a Santiago lo meten preso. Santiago, un tipo que trabaja genialmente, un contacto con la gente bárbaro. Había armado una cooperativa de productores cañeros. Pero el que manejaba todas las cooperativas del país en ese momento era un testafarro, un personero de López Rega, un matón conocido. Entonces a este y a otro de los tipos de la cooperativa los meten en cana muy duramente, estaban en Villa Devoto, simulacro de fusilamiento, las peores cosas. Y Hebe que lo iba a ver al pobre Santiago. Hasta que finalmente lo convencieron, porque Santiago no quería, de que tomara la opción. Todavía estaba la Constitución, por suerte fue antes del 76 esto. La Constitución cuando habla del Estado de Sitio dice que el Poder Ejecutivo te puede meter preso pero vos tenés "la opción" de salir del país, entonces él pidió la opción y se fueron a Venezuela, y ahí se quedaron hasta que se murió Santiago y Hebe sigue ahí todavía.

En ese momento yo estaba sin trabajo, es decir, lo único que tenía era lo de Mar del Plata. Pero tenía que ir y volver a Mar del Plata y no podía vivir de eso. En el 74 Esther Hermitte arma lo que se llamó el Grupo de Trabajo de Articulación Social en América Latina. Al principio funcionó como un grupo de trabajo descolgado de todo, en el IDES y en el Di Tella también. Cuando se inaugura ese grupo de trabajo vino Roberto Cardoso de Oliveira por Brasil y otra gente de Argentina y algunos de Estados Unidos, y después estaban Bartolomé, Gatti, no éramos muchos los de ese grupo original. Para saber quiénes estaban en ese grupo es muy fácil porque hay un libro que se llama *Procesos de Articulación Social de América Latina* editado por la editorial Amorrortu donde hay un trabajo de Esther y mío, otro de Leopoldo, ahí se ve quienes eran los miembros del grupo. Pero el día que comienza esta reunión de trabajo se muere Perón. Fue una cosa que... no tenían ni donde ir a comer los tipos que venían de afuera (*sonríe*). Y las reuniones que se iban que hacer en el Di Tella se hacen en la casa de la madre de Esther Hermitte, que vivía en Canning y Santa Fe, y ese grupo dura tres reuniones. Se hace una segunda reunión en Quito, muy peleada, porque los mexicanos dijeron que no podía ser que esto fuera... ¡Ah no! En la primera reunión ahí pasó una cosa importante: el secretario ejecutivo de CLACSO era Enrique Oteiza. Él viene a la reunión y nos invita especialmente a incorporarnos como grupo permanente de CLACSO. Y nos incorporamos como grupo de trabajo de CLACSO y en el año 76 yo ya estaba en Misiones, tenemos la última reunión... de desencuentro. Sobre el final de la reunión un grupo: Vessuri, Archetti y algunos otros, hay algunos mexicanos, sobre todo Arturo Warman... Es decir, a la segunda habían ido otros dos mexicanos, que eran Rodolfo Stavenhagen y Guillermo Bonfil Batalla. Y ellos cuestionaron que "¿cómo este es un grupo de argentinos y en Argentina no hay antropología?", en comparación con México supuestamente. Ellos querían captar el grupo porque CLACSO era importante. Pero Hebe, Esther, Leopoldo se pusieron durísimos y el grupo siguió como estaba y quedó Esther. Y al año siguiente en Quito en vez de Stavenhagen y Bonfil viene Arturo Warman y... y, entre ellos más o menos, no sé... hay una pequeña conspiración ahí y ellos la descalifican a Esther diciendo que el grupo está mal organizado y que hay que hacer otro tipo de organización, que realmente, para mí, no iba a servir. No era que cada uno tenía que llevar

un trabajo, sino que había que invitar alguna celebridad mundial como podía ser Eric Wolf, por ejemplo, y que ellos presentaran trabajos y los demás fueran nombrados, algo así como comentaristas de los trabajos. Una cosa que no tenía demasiado sentido. Y Esther se sintió agraviada, atacada, furiosa y renunció. Y ahí se acabó el grupo, cosa que fue una estupidez porque hoy en día es imposible que nosotros los antropólogos podamos tener un grupo de trabajo de CLACSO, realmente se perdió esa oportunidad. Todo esto ya era en el '76, yo ya estaba en Misiones porque, cuando Leopoldo y Gatti vienen de la reunión de Quito el año anterior, me proponen que yo vaya a Misiones; yo en ese momento les dije que no, pero al año siguiente les dije que sí. Cuando les dije que sí, vino el golpe, desaparecieron los cargos y, entonces, yo estaba esperando lo de Misiones, pero no salía. Hasta que finalmente Gatti consiguió un trabajo en México, se fue a México y quedó justo el lugarcito de él, y me dijeron: "vení ya". Entonces, ahí nomás me fui. Y yo llego a Misiones ya en plena dictadura. La universidad, eso se los habrá contado Leopoldo, fue intervenida por un coronel; al coronel le importaba un pito de la universidad, lo único que le interesaba era levantarse alguna secretaria y anduvo persiguiendo a las chicas (*se ríe*), y al poco tiempo se consiguió un trabajo más interesante que fue el Ente Mundial '78.

"Nos hicieron un sumario y la primera pregunta fue: ¿Usted estuvo en la casa de Bartolomé?"

Cuando me saco la beca, que era bastante poca plata, yo lo único que podía hacer para tener unos pesos más era tener por lo menos un cargo docente; ahí empieza mi carrera docente. Lo voy a ver al Director del Departamento de Antropología que era Augusto Raúl Cortázar. Claro, Cortázar era muy amigo de mi papá, habían sido compañeros de colegio del Buenos Aires. Mi hermana tenía una foto de Cortázar con mi papá a los 19 años en Salta, los dos a caballo, y él a veces venía a casa cuando yo era muy chico. Y él contaba de sus viajes, contaba de sus viajes a Iruya, de la mula, cómo se empacaba... era divertidísimo para mí toda esa historia. Entonces, lo voy a ver a Cortázar. Le dijo: "Mirá, Raúl, me dieron una beca y lo único que puedo hacer es tener un cargo docente; si no me dan un cargo de ayudante por lo menos, voy a renunciar a la beca". "¡No! ¡Qué barbaridad!", me dice. Y me dieron un cargo de ayudante de segunda en ese momento. A pesar de la oposición, él me dijo de Bórmida y toda esa gente: "Tus amigos no me han dejado muy buen recuerdo acá", me dijo. Mis amigos eran Menéndez y otros que habían estado muy enfrentados con Bórmida... Me nombran Ayudante de Introducción a la Antropología. En ese momento, era una materia para Antropología, Sociología y Psicología, tenía mil alumnos en ese momento la materia. Y el programa era un programa absolutamente clásico, lo habían hecho entre varios, lo habían hecho entre Lafón, Bórmida... cada uno había hecho un pedazo. Daban Etnología, Folclore y Antropología Física, todo en uno. Por supuesto, la Antropología Social no existía ni sabían qué era tampoco. Bórmida creía que era antropología aplicada la Antropología Social. (*Con acento italiano*) "¿Pero eso para qué sirve? Los indios... con los grandes ya no se puede



arreglar nada y a los chicos que los manden a los salesianos y ya está”, dice (*se ríe*), esa era la idea del señor Bórmida.

Los alumnos estaban furiosos con el programa. Blas Alberti, que era uno de los ayudantes, había hecho un programa alternativo y circulaba, y los alumnos querían que se diera ese programa, obviamente eso era imposible. Yo tenía un grupo de veinte alumnos más o menos, estábamos en aquella época en plena politización de la facultad. Estaban los alumnos que eran los militantes políticos, entonces aparecía uno y yo le decía: “¿cómo te llamás?”, “yo el nombre no lo doy”. Claro, el tipo estaría clandestino... “viejo, te pongo ausente”. “Pero, ¿cómo voy a dar mi nombre sino...?”. “Bueno, vení, vení”, me lo llevaba a una esquina, (*con voz baja como si hablara al oído*) “González” (*risas*). Era una cosa muy como de circo. Hacen una huelga: la huelga consistía en no dar el parcial. Entonces hicimos una reunión los ayudantes en la casa de Miguel Bartolomé, Miguel vivía en Belgrano en aquella época. Y por ser, digamos, democráticos, invitamos a todos los ayudantes, incluso a algunos que no eran de nuestra simpatía y ellos nos denunciaron. Nos hicieron un sumario, entonces una de las primeras preguntas del sumario era “¿Usted estuvo en la casa de Bartolomé?”. Y a Blas Alberti lo denunció una alumna por hablar mal de la cátedra, qué sé yo, qué sé cuánto. Y Blas, cuando lo interrogaban en el sumario, decía: “lo que dice la delatora...” (*sonríe*). Hacemos una reunión en el decanato con el Decano, y Blas, como siempre, así contemporizador, diciendo “Bueno...”, y Bórmida no aguantó más y le grita: “¡usted dijo que el programa era una aberración y habló de Bórmida y de sus lacayos!”, y el tipo se quedó mudo y no podía decir nada (*se ríe*). Con todo eso, había quedado la cosa muy estancada; entonces Difrieri, que sacaba siempre una solución de la manga, decidió que el problema radicaba en que esa materia era buena para la gente de Antropología, pero no para Sociología y Psicología. Así deciden crear una materia especial para Sociología

y Psicología. Y a mí que era Ayudante me asciende a Profesor Adjunto en ese momento y el otro adjunto fue Manuel Roca y lo ponen como responsable de todo a Edgardo Cordeu y a Blas lo dejan fuera. Entonces yo fui a quejarme a Difrieri, que por qué lo habían dejado afuera, pero no me dieron bola. Pero la cuestión era echarnos del Departamento de Antropología, que quedáramos fuera. Yo estuve un tiempo en Sociología y un tiempo en Psicología. Tenía un montonazo de ayudantes, buenos ayudantes reamente tuve, no me acuerdo de todos quiénes eran... Había tantos ayudantes que las condiciones eran ayudante y coayudante (*se ríe*), había dos ayudantes. Ahí, digamos, no hubo más conflictos. En mi cátedra anduvo todo muy bien, pero cuando a Manuel Roca le hicieron un planteo de que querían cambiar la bibliografía, qué sé yo, y Roca renunció. Y yo creo que quedó también Guillermo Gutiérrez ahí, me parece. Guillermo Gutiérrez fue el Jefe de los Montoneros en la facultad, editaban una revista que se llamaba *Antropología del Tercer Mundo*, que hace poco la han vuelto a reeditar, tengo idea de que algo de eso ha pasado. A Guillermo lo nombran Director del Departamento después del 73. Y dentro de todo ese conflicto es que yo hago mis primeras armas, digamos, como profesor de la universidad. Me designan primero con renta de Jefe de Trabajos Prácticos, pero como no había cargo de Adjunto y yo tenía tantos alumnos, finalmente me nombraron Titular, cargo que después fue anulado cuando vino la intervención a la universidad. Eso es un poco la historia mía en la UBA que termina en el 74. Renuncié y me jugué todo a Misiones.

En Misiones... eso se lo habrá contado Leopoldo Bartolomé, el ministerio nos exigió que presentáramos una fundamentación de para qué estaba la carrera de Antropología, por qué era una carrera... Claro, el Rector tenía instrucciones de cerrar la carrera de Sociología y de Psicología, porque no había no las pudo cerrar. Seguimos con Antropología y teníamos que fundamentar la existencia de la carrera. Con Bartolomé nos laburamos todo un fin de semana y explicamos que la provincia de Misiones era un mosaico multicultural, multiétnico, que estaba enclavado justo entre Paraguay y Brasil... Los militares tenían tal obsesión con las fronteras y todo eso. Y decíamos que por lo tanto había que estudiar esas culturas para que la gente se argentinizara, de alguna manera, qué sé yo, qué sé cuánto. El expediente dio vuelta durante dos años por el ministerio, vino así de gordo lleno de sellos con la resolución final de no modificar la carrera de Antropología, y salvamos la carrera. Lo que sí, teníamos tres alumnos porque los alumnos tenían miedo de anotarse en esa carrera. Teníamos una alumna paraguaya, por ejemplo, que estaba pidiendo los papeles y la llamaron de la Gendarmería y le dijeron: "si seguís estudiando eso, no te damos los papeles" y se fue. Y poquito a poquito fue creciendo la cantidad de alumnos. Ya en el 79 teníamos como quince, y ahora hay muchísimos más, no sé cuántos hay ahora. Ahí fuimos realmente afianzándonos mucho y empezamos a ampliar la planta docente que al principio éramos Bartolomé y yo, y Denis Baranger que es sociólogo. A nosotros nos interesaba Enrique Martínez que ahora sí está en Misiones, pero Enrique se fue a Costa Rica, estuvo trabajando allí hasta que terminó la dictadura. Nuestra segunda alternativa era Roberto Abínzano, entonces llamamos a Roberto Abínzano y que todavía está, jubilado, pero está. Y después llamamos a Ana María Gorosito que yo la había conocido de acá de la

facultad, la fuimos a ver un día a la casa con Denis, la entrevistamos, qué sé yo, y finalmente fue Gorosito. Y después siguió apareciendo gente, Carmen Ferradás que finalmente estuvo unos cuantos años y después se fue a Estados Unidos, hizo su doctorado y se quedó de profesora allá en la Universidad de Nueva York. También Guillermo López, un chico de Rosario; Leonardo Fígoli que ahora está en Brasil. Y después nuestros alumnos se fueron graduando, se fueron doctorando algunos de ellos. Fue Fernando Jaime también de Rosario y, con la mujer, Fernando hizo su doctorado en Estados Unidos. Y alumnas nuestras como Gabriela Schiavoni que hizo su doctorado y que ahora es profesora; Lidia, la hermana, que fue Directora del Departamento, que eran nuestros alumnos y ahora ya están todos como profesores, muchos de los que fueron alumnos nuestros.

En esa época, teníamos la ventaja de que nuestros sueldos en dólares eran muy altos porque fue la época del dólar barato. Vos tenías que firmar una especie de contrato con garantes y todo, y si vos te ibas a hacer un doctorado en el extranjero, te seguían pagando el sueldo con la condición de que por lo menos a los cuatro años tenías que volver y seguir en la facultad. Denis Baranger hizo su maestría en Flacso de México, después hizo el doctorado acá; Gorosito se fue a hacer la maestría a Brasil; Jaime se fue a hacer el doctorado a Austin, Texas, porque había una relación bastante estrecha con Richard Adams que estaba en la Universidad de Texas en Austin, sé que él dio algún curso después en el doctorado, creo que murió después. Pero Adams es otra parte de la historia (*sonríe*), no de la historia mía, de la historia de la antropología. Cuando termina la dictadura y empieza la democracia viene Richard Adams a Buenos Aires. Había estado a fines de los años 60 viviendo en Buenos Aires, dos años estuvo como Consejero de la Fundación Ford. Entonces, él tenía como una de las ideas, digamos, hacer un posgrado en Antropología en Argentina. Fue imposible porque fue a la Universidad de Buenos Aires y nadie le dio bola, porque no entendían ni de qué se trataba, habló con Bórmida, qué sé yo, no pasó nada. Intentó en La Plata. En La Plata tengo dos versiones: una que no entendieron tampoco, ahí estaban Vivante y otra gente que dijeron: "sí, creo que venía a pedir plata", y les venía a ofrecer plata en realidad. Y como en la Argentina no cuajó su proyecto, dijo: "Probemos en Brasil", y de ahí nacen todos los posgrados en Brasil, a través de Cardoso de Oliveira. Es decir, toda la gente que rechazó indignada que se hicieran posgrados pagados por Estados Unidos en la Argentina, después se van a hacer el posgrado a Brasil que fue exactamente el mismo proyecto. Y cuando volvió Adams dice: "yo ya no estoy más ahí, no puedo ofrecerles nada, pero a lo mejor a través de Fulbright se puede hacer algún tipo de arreglo para hacer algún tipo de posgrados acá". Tuvimos una reunión con Rex González, Bartolomé y Adams. Me acuerdo de que fuimos a comer a un restaurant y Adams pidió (*con acento inglés*) "postre del vigilante" (*risas*). Entonces, Adams, a través de Fulbright, crea el posgrado este que, no sé bien cómo... él vio que la universidad estaba muy difícil, yo creo que hizo un acuerdo con Rita Ceballos y lo llevaron al INA (Instituto Nacional de Antropología), que es el posgrado ese que hay en el INA. Pero como el INA no es una institución universitaria, no puede dar un título de maestría, ni nada. Esa es la cosa. La única ventaja es que a los que habían tenido muy buenos promedios y que habían hecho buenos trabajos en el

posgrado del INA les facilitaban hacer el doctorado en Estados Unidos.

“En el 79 se da vuelta mi vida  
porque nos contratan de Yacyretá”

En Misiones la pasaron muy mal durante la dictadura. ¿Qué quiere decir que la pasaron muy mal? Los alumnos que teníamos muchos de ellos eran gente de los servicios, directamente, que no lo ocultaban, que no lo ocultaban. Venían y decían: “profesor, conseguí unos libros muy buenos para su materia, anoche hicimos un allanamiento, tiene que ver”, así directamente. Y uno nos dijo un día que estaba medio borracho en una fiestita... ‘porque Bartolomé tenía una casa muy grande en aquella época y hacíamos alguna reunión e invitábamos a los alumnos. Y uno de ellos parece que estaba bastante borracho y un día dijo: “chicos, ¿saben una cosa? Yo soy un asesino”, y nos empezó a contar unas cosas espantosas. Yo pensaba, yo no debería estar escuchando, porque él se va a acordar que yo sé esto, pero en una jerga así decía: “a Fulano le dimos pincelada de 220 y yo después lo reventé de un itacazo”, así te decía. Eran cosas... vivir en esa época fue tremendo, tremendo, tremendo. A mí me fueron a buscar del Ejército para secuestrarme, yo me había mudado de pensión en ese momento, me salvé por esto, pero a mí me tenían registrado y totalmente marcado. Después hubo una posibilidad de ir a hacer varios talleres a Estados Unidos. Fue un convenio que hizo la OEA con la American Anthropological Association y me designaron a mí para ese programa. Y no me dejaron salir del país, así que eso lo perdí también por razones políticas.

Pero en el 79 se da vuelta mucho mi vida en cierto sentido, porque nos contratan para el laburo de Yacyretá. Porque ¿la historia cómo fue? Es decir, ¿por qué nos llaman a nosotros? Porque Yacyretá tenía que encarar toda la relocalización de la población afectada por la represa. Es decir, vos vivís junto al río, sube el agua, bueno, te tienen que dar una casa. Ya se había hecho una especie de ensayo de esto, ensayo digamos práctico, cuando se hace la villa permanente en Ituzaingó que tienen que relocalizar a toda la gente que estaba viviendo ahí y eso es un desastre directamente, casas totalmente disfuncionales para la forma de vida de la gente. El Banco Mundial tenía un papel muy importante en la financiación de esta obra, entonces manda una socióloga y dice: “esto es un horror”. Pero la socióloga era amiga de Miguel Murmis, entonces se entera de que existimos nosotros. Me viene a ver a mí, yo era secretario académico en ese momento de la facultad y me dice: *(con acento inglés)* “¿no hay micrófonos ocultos aquí?”. “No, no señora, quédese tranquila”. Y nos proponen hacer algo que ellos llaman “ongoing evaluation”, es decir, de todo lo que era de Yacyretá nosotros lo vamos evaluando paso a paso e informamos al Banco. La gente de Yacyretá dijo: “esto nos va a hacer pomada”. Supongo que habrán tenido muchos cabildeos y deciden contratarnos a nosotros para hacer todo el trabajo. Tuvimos un monitoreo del Banco Mundial muy duro, venían a cada rato para ver qué estábamos haciendo. Por supuesto, nos aprobaron absolutamente todo lo que hicimos. Yo estuve ahí cuatro años trabajando, Leopoldo estuvo bastante

más. Armamos un equipo impresionante de gente, claro, teníamos un capital interesante, que eran los alumnos además. Había que hacer censos, había que hacer un padrón de toda la gente que era afectada y ver qué les correspondía, qué no les correspondía, quién era propietario, quién no era, cuántos éramos... un laburo enorme. Se fotografiaron absolutamente todas las casas para ver cómo eran, para ver qué se le podía reponer a la gente, y se hizo un plan de trabajo. Hicimos un plan de trabajo social que tenía como ocho o nueve proyectos, tuvimos que crear proyectos de capacitación laboral en convenio con el CONET, hicimos cursos de albañilería, plomería, carpintería de hormigón, electricidad. También hicimos cursos de alfabetización en convenio con la Dirección Nacional de Educación de Adultos. Y teníamos un batallón de trabajadores sociales trabajando para nosotros. El director del proyecto era Leopoldo y yo era algo así como coordinador ejecutivo del proyecto. Porque se había creado una sección que se llamaba Estudios Operativos, que eran los que hacían estudios sociales y económicos, y otra que se llamaba Estudios Aplicados no sé qué, que era toda la parte de trabajo social; entonces, yo era el que coordinaba las dos cosas. A los cuatro años propusieron un sistema de retiro voluntario, que no era tanta plata, después hubiera sido más, pero yo dije: "bueno, me vuelvo a Buenos Aires". Aparte en el año 82 murió mi papá y yo ya me sentí como muy desarraigado de mi familia realmente. Entonces aproveché ese momento y me vine.

Marzo del 83 me vine yo, ya se venía la democracia, ya estaba lanzada la política con todo. Y me volví a Buenos Aires y no tenía trabajo, pero había un sociólogo que había sido consultor de Yacyretá, para mí un muy buen tipo, se llamaba Juan Carlos Agulla, murió ya hace unos años. Y él era profesor de Sociología en la Facultad de Derecho y me dijo: "Carlitos, ¿por qué no te venís de adjunto?". Y fui Adjunto en Derecho durante un tiempo. Yo me había presentado a concurso, todavía en la época de la dictadura llamaron a algunos concursos al final. Me presenté a concurso de una materia que se llamaba Metodología de la Investigación Folclórica, las clasificaciones folclóricas. Pero yo me di cuenta de que lo que ellos llamaban folclórico era una traducción, se podría decir, de "folk"... Gané el concurso, pero ellos lo impugnaron, lo impugnaron, y en el medio de eso vino una resolución del Ministerio de Educación o no sé qué diciendo que todos los concursos que no estaban terminados, que no estaban sustanciados, quedaban anulados. Entonces, se anuló mi concurso y yo recién, cuando vino la democracia, concursé nuevamente y concursé TAC y la gané.

Finalmente, viene la democracia. En la democracia nombran... ¡Ah, no! Yo estaba dando clases desde el 82 en Flacso. Viajaba de Misiones para dar clases en Flacso, porque armamos una especie de módulo de Antropología dentro de la maestría de Flacso. Ahí tenía todos los alumnos: Santiago Wallace, Rosana Guber, Blanca Carrizo, todos eran alumnos míos ahí, toda esa nueva generación, digamos. Estaba como investigador en Flacso... Esther Hermitte estaba en ese momento. Ella tenía dos discípulas, digamos, que trabajaban en la cuestión de las villas miseria: una era Rosana Guber y la otra era Victoria Casabona. Entonces, Esther con Victoria y Rosana piden un subsidio a la Interamerican Foundation que les da como 50.000 dólares y con eso arman un proyecto teniendo como lugar de trabajo Flacso. Incorporan después a Mauricio Boivin y a Sofia Tiscornia. Cuando vino la intervención en la universidad en el 84, digamos, cuando empieza la democracia,

lo nombran Decano a Rodríguez Bustamante. Rodríguez Bustamante le ofrece el cargo de Director de Departamento a Esther, los directores del departamento eran los que tenían que organizar todas las nuevas facultades. Él le ofrece primero el cargo a Esther Hermitte, ella dice que ella no, se lo ofrece a Bartolomé, él le dice que no. Y Esther Hermitte, Bartolomé y Rex González, los tres me proponen a mí. Entonces me nombraron a mí. La normalización de la universidad tenía un tiempo límite: al principio se dijo un año, después se extendió creo que un cuatrimestre más. En un año tenían que estar nombrados los decanos elegidos por los Consejos directivos, como decía el Estatuto Universitario. Porque una de las cosas que se hacen en ese momento es que el Congreso Nacional reinstaura el Estatuto de la Universidad de Buenos Aires que se había hecho en el año 61. Y del año 61 que todavía está vigente ese estatuto, por más que lo quieren cambiar... Ahí dice cómo se elige el Decano y todo eso, había que hacer todo lo que decía ahí. Para elegir al Decano había que hacer nuevos concursos. Para hacer nuevos concursos no había que hacerlos con ese espantoso plan de estudios que se había hecho, había que cambiar el plan de estudios. Entonces había que hacer una Comisión de Plan de Estudios, que yo era el director o el presidente de la Comisión. El Decano me llama y me dice que en la comisión tienen que estar la mitad de profesores de los nuevos y la mitad de profesores de los viejos, no sé qué instrucciones tendría. Yo era el Director de Departamento y María Rosa Neufeld era la Secretaria Académica del Departamento. En la Comisión no me acuerdo quiénes estaban de... pero estaban Cordeu y Siffredi de los viejos. Y tenía que haber estudiantes, creo que había dos estudiantes, pero venían de a diez los estudiantes, a ellos nunca los echamos, pero bueno, discusiones, discusiones y discusiones. Y se armó el plan de estudios que todavía está vigente de esa manera. Sacamos el plan de estudios e inmediatamente llamamos a concursos. Yo decía "tenemos que tener el plan de estudios terminado en tal fecha porque viene el plan de estudios, concursos y después las elecciones, y cuantos más profesores tengamos que no sean de la vieja...", porque a los profesores de la vieja ola no los podíamos echar porque estaban..., los que tenían más poder eran los que estaban por concurso porque habían conseguido que se les hiciera su concurso. Ahí estaba Califano y toda esa gente...

“Quizás sería más operativo un Colegio  
que nucleara a la Sociología y a la  
Antropología Social”

Los colegios profesionales tienen una funcionalidad mucho más importante cuando las disciplinas son más profesionales. Por eso, el Colegio Profesional de Agronomía es muy importante, el Colegio Profesional de Ciencias Económicas también es súper importante; el de escribanos, ni hablar; porque están permanentemente fijando las reglas de su profesión. Lo que pasa es que todavía no está consolidada la antropología como profesión, esa es la cuestión. Aparte de lo académico, ¿qué hice yo profesionalmente? Mi primer trabajo que se podría llamar profesional fue el trabajo de Yacyretá. Después, cuando vuelvo a Buenos Aires, un par de años después, me piden que trabaje para otro proyecto



que era otra represa hidroeléctrica que se iba a hacer que se llamaba Represa de Garabí, también ubicada en la provincia de Misiones, más al sur de Posadas, sobre el Río Uruguay. Yo ahí trabajé dos años haciendo estudios de impacto ambiental, pero muy relacionado con los ambientalistas, cosa que en Yacyretá no lo estábamos tanto. Era una consultora que se llamaba Hidrened que era asociada a una consultora brasileña que se llamaba Hidroservice, porque así como Yacyretá es argentino-paraguaya, esta era argentino-brasileña. Aprendí muchísimo con eso, porque la gente estaba trabajando, había especialistas en fauna íctica, ¿por qué? ¿Qué pasa cuando vos embalsas un río? Como me dijo uno de los ingenieros, con todos los agroquímicos que vuelca, sobre todo, Brasil ahí, se transforma en una sopa infernal, así me dijeron (*se ríe*). Hay que hacer toda una construcción de redes de monitoreo del agua, había estudios de flora y fauna, y nosotros los conectábamos con la parte de estudios sociales, digamos, el impacto social que eso iba a tener. Estuvimos trabajando en Misiones, pero en otra parte, sobre todo en la zona yerbatera estuvimos trabajando, agricultores, casi todos ellos de origen polaco o ucraniano. Ese fue un trabajo profesional que yo hice, que se terminó porque cuando vino el gobierno de Menem, decidieron que la obra no se hace y chau. Entonces, dos años o más de trabajo, con muchos millones invertidos, se perdieron. Cristina Fernández ahora firmó con Lula, la vez pasada, que la van a hacer pero...

El Colegio de Graduados actuó una vez, ahora que me acuerdo, cuando salió la Ley del Sociólogo. Porque la Ley del Sociólogo decía que en cualquier trabajo que se hiciera de estudios sociales tenía que haber un sociólogo. Le dijeron: "¿Y los antropólogos qué? Si nosotros también hacemos estudios de este tipo, ¿y tenemos que poner un sociólogo obligadamente?". Entonces, me llamaron a mí de una comisión de la Cámara de Diputados por ese asunto, para que explicara cuáles eran los aspectos sociales del trabajo del antropólogo.

Quizás sería más operativo que hubiera un colegio que nucleara a los sociólogos y a los antropólogos sociales, porque la antropología puede estar muy interesada en lo que pasa con el rescate arqueológico de determinados sitios, pero nosotros no tenemos nada que ver con eso, en realidad. Es decir, en este momento son disciplinas absolutamente separadas. En muchas universidades la Antropología está junto con las Ciencias Sociales. Las humanidades vos tenés Letras, Historia y Filosofía, pero en muchas partes la Antropología está mucho más cerca de las Ciencias Sociales, como realmente tiene que estar, sobre todo, nosotros que nos dedicamos a la antropología social. Todo el tema de las incumbencias aparece muy mezclado por eso también. Toda la política de la época de la dictadura fue el vaciamiento de la investigación dentro de la universidad, entonces, fueron creando centros todos dependientes del CONICET, como el CAEA (Centro Argentino de Etnología Americana), el Programa de Estudios Prehistóricos que hizo la mujer de Bórmida, el PREP. Entonces cuando yo me hice cargo del Instituto de Ciencias Antropológicas... no, no cuando me hice cargo, cuando se hizo cargo Lorandi, porque cuando a mí... Ahí venía el resto de que estaba hablando, cuando me llama el Decano y me dice: "bueno, proponé director de Museo, director de Instituto". Yo propongo para el museo a Rex González que estuvo un tiempito y después se fue, y para el instituto, a Lorandi. Ella sabía que había que nuclear de alguna manera a toda



la antropología social que no existía en el Instituto. Entonces crea una Sección de Antropología Social y yo fui el primer Director de la sección. Yo soy el que organiza por primera vez la Sección Antropología Social que ahora es enorme.

\*

Respecto de la matriculación... dejaría afuera a un montón de gente que no estudió Antropología. Esa es la cuestión... Que alguien que solamente se haya dedicado a sacar muestras de sangre y hacer análisis de ADN sí es miembro del Colegio y uno que ha hecho estudios antropológicos de la cultura de una población quedaría fuera porque a lo mejor estudió Sociología o Comunicación. Immanuel Wallerstein en uno de sus trabajos, hablando de lo que es antropología o sociología, compara dos trabajos: el trabajo Street Corner Society de White y el trabajo Tally's Corner de Liebow. Dice: "Que me digan quién es el sociólogo y quién es el antropólogo, no se van a poder dar cuenta, son iguales, las técnicas, todo es exactamente lo mismo". Entonces es muy difícil, muy difícil decir: ¿es antropólogo o es sociólogo? No se sabe.

\*

Sobre la antropología argentina... no sé... Yo creo que no hay una antropología argentina, eso lo dice Manuela Carneiro da Cunha: no hay una antropología francesa como hay una cocina francesa. Por poner un caso, Maurice Bloch hace no sé cuántos años que está enseñando en la London School of Economics y es antropología inglesa totalmente, pero él es francés, habrá hecho sus primeros estudios a lo mejor en Francia. En la antropología argentina lo ponés, por un lado, a Menéndez y, por el otro, a Califano, vas a decir: "pero esto no tiene nada que ver lo uno con lo otro". Los dos se podrían llamar

antropología argentina porque los dos se formaron en la misma universidad, pero uno termina la universidad y después empieza su vida de otra manera.

“Esa posibilidad de tener acceso a la vida cotidiana de la gente es muy gratificante”

Yo alguna vez dije que el trabajo de campo que se hacía era pre-malinowskiano, es decir, si te digo que tiene una falla la antropología argentina es la escasez de trabajo de campo. Yo tuve la oportunidad, que no la busqué, sino que me buscó a mí, de estar un año entero en una población más o menos limitada, reducida, haciendo la vida cotidiana de la gente durante más o menos un año. Pero no son muchos los que pudieron hacer eso, cosa que a mí me sorprendió porque no sé cómo es ahora, pero en una época las becas de la UBA eran bastante buenas, era bastante plata. Cuando nosotros hicimos el trabajo de Belén, hablamos de plata vieja que es lo mismo que no hablar de nada, pero yo pagaba por vivir en una pensión, casa y comida, más o menos pagaba el segundo año que vivía en una especie de hotel que era todo de adobe 18.000 pesos por mes. Y a nosotros el CONICET nos había dado 700.000 pesos para esa investigación, entonces... Y aparte yo tenía un sueldo del Instituto Di Tella, que me pagaba más o menos 50.000 pesos en aquella época. Es decir, si tuviéramos que hacer una historia del dinero argentina nadie la entendería. En la época en que trabajaba en Yacyretá saben cuánto llegué a ganar al final: 11.000 millones de pesos. Me lo acordé el otro día porque uno ya se olvida de que pudieran haber... y pensaba: “¿Pero qué plata habría? ¿Habría billetes de un millón?”, creo que sí, no me acuerdo.

Nosotros siempre con la gente tuvimos una relación excelente, excelente, con la gente de Belén sobre todo, porque si hablamos de ética, viste, si a vos una persona te cuenta algo muy íntimo por ahí, lo fundamental es que no se lo cuentes a nadie, que te lo guardes para vos, porque si alguien se llega a enterar, “sí, porque Fulano dijo tal cosa”, ahí se te acabó el trabajo de campo. Todo eso son pequeñas normas, pequeñas atenciones por ahí que uno tiene con la gente. Por ejemplo, a nosotros nos invitaron una vez a un casamiento y en ese pueblo no era común que la gente tuviera en aquellos años, hace 40 años, una máquina de fotos. Y Esther me dijo: “¿por qué no le ofrecés sacarles las fotos del casamiento?”. Entonces, yo fui y les regalé las fotos del casamiento, por ejemplo. Pequeñas cosas que uno hace como devolución a la gente que siempre te invita a la casa, siempre te cuenta su vida, qué sé yo...

**E: Nosotros siempre les preguntamos a todos los antropólogos y antropólogas que entrevistamos, ¿qué los hace feliz de ser antropólogos? Creo que en lo que decía había alguna respuesta...**

**C.H:** Sí. El trabajo de campo es, lógicamente... yo me acuerdo, una vez estuve durante un corto tiempo, antes de que me saliera la beca, me pidieron que ayudara un poco en proyectos que había del Ministerio de Bienestar Social sobre las villas. Entonces, me metí en una oficina, había un montón de gente, pero yo en el momento en el que me encontré en una villa, charlando con una familia

abajo de un árbol porque habían ubicado su casa abajo de un árbol y decían que era muy importante tener el árbol, por supuesto, yo me sentí que estaba en lo mío (*sonríe*). Porque esa posibilidad de tener el acceso a la vida cotidiana de la gente común, digamos, eso es importante, sí, y es gratificante, sin duda. Yo considero que aprendí a hacer trabajo de campo bien por todo el tiempo que estuve con Esther Hermitte, que habrá aprendido de otro, no sé, de Pitt-Rivers, ponele. Y vos lees trabajos como *Los Hombres de la Sierra* de Pitt-Rivers y vos te das cuenta de cómo el tipo pudo meterse en contacto con la gente. Ni hablar de Malinowski, por supuesto, que todavía para los antropólogos ingleses sigue siendo así: “el” maestro, por lo menos de trabajo de campo. La teoría de Malinowski puede ser hoy en día obsoleta, pero su trabajo de campo fue la escuela. Yo creo que acá, primero, no se enseña y, segundo, no se exige tampoco. Porque vos, si alguien te pide que le dirijas una tesis, y vos le decís: “la tesis sí, pero no vas a ir cinco fines de semana o el mes de enero y febrero y después te vas. Vos te vas ahí y te instalás y te quedás un año entero o dos”. Nadie lo va a hacer, nadie lo va a hacer. Pero no es un problema de la antropología, es un problema de la vida en la Argentina que es muy complicada.

### **E: De las posibilidades de hacer Antropología.**

**C.H:** Claro. Cuando vino la democracia, hicieron una reunión de profesores en Flacso para que contáramos qué pensábamos de los cursos que estábamos dando. Y yo les dije la verdad, les dije: “nosotros al principio pensábamos hacer un ritmo de lectura de cien páginas semanales, pero ¿qué pasa? El alumno común hoy en día, que está haciendo un posgrado, tiene, por lo menos, una esposa que mantener, quizás dos; además, tiene que trabajar en algo y además tiene tres sesiones de psicoanálisis por semana (*sonríe*), entonces, no puede leer cien páginas”.

“A diferencia de Hermitte para Bórmida el trabajo de campo era ir y sacar datos de la gente”

Yo creo que desde el punto de vista de la formación académica, digamos, Hermitte y Bórmida fueron muy distintos. Es decir, Bórmida tenía una formación absolutamente... aparte de su formación en Ciencias Naturales que fue el principio de lo que él estudió en Italia, pero Bórmida tuvo una formación académica muy ligada a las Humanidades, en cierto sentido. Es decir, con un sesgo un poco vinculado a la Filosofía, Historia de las religiones, muy antipositivista, tal como él lo decía. Y me da la impresión de que él siempre se rodeó de gente que era mucho menos que él intelectualmente, me parece a mí, ¿no?, como para él quedar como la gran figura, yo diría.

Y la diferencia de Hermitte fue obviamente su experiencia diametralmente opuesta de haberse formado en Estados Unidos. A Bórmida le costó muchísimo hacer trabajo de campo, muchísimo, hizo muy poco, muy poquito

trabajo de campo. Además, el trabajo de campo para la gente como Bórmida, incluso como Califano que siguió, más o menos, su misma escuela, era ir y sacar datos de la gente, punto. Califano iba al Chaco, o no sé dónde, y se quedaba en el hotel y llevaba al indio, al intérprete, y ahí tomaban los datos. Es sacar datos. Ojo, así trabajaba la antropología en 1890, no es que esto lo inventaron acá. Hubo antropología de los ingleses que trabajaron en la zona: por ejemplo, la famosa expedición al Estrecho de Torres y todo eso, que recabaron los datos sin bajarse el barco, les traían al indio al barco. La vida de la gente puede ser una anécdota nada más, pero lo importante es sacarle el dato, tiene que ver con el concepto de la cultura. Si vos tenés un concepto más moderno de la cultura que dice que la cultura es el programa, en el sentido así informático, que uno tiene metido adentro, que le permite realizar opciones, elegir cosas, valorizar cosas, ver las cosas de cierta manera, tener un proyecto de vida de determinada manera, querer una persona o no quererla, querer tener ciertas cosas y no otras... Eso es una cosa.

Y otra es esa forma arcaica y Bórmida participaba de ese modelo antropológico: sacar, obtener los datos. Te diría que es la diferencia básica sería la antropología social versus la antropología que no es social. La Antropología en cierto sentido cultural, en el mismo sentido de que está separado de la sociedad, de lo social, no es cómo vive su vida Juan Gómez, sino qué patrimonio alberga Juan Gómez, por ejemplo, la receta de las empanadas que te cuenta; no interesa demasiado qué significa en la vida de ese tipo poder ofrecer a determinadas personas de su amistad o de su parentela una determinada comida, eso no importa, importa la fórmula. Descubriste que la receta de las empanadas es igual a la que se hace en el Ecuador, por ejemplo, entonces empiezan a pensar cómo fue el itinerario de la receta de las empanadas (*sonríe*).

\*

La cuestión de cómo internacionalizar un poco más la antropología argentina, siguiendo, como te digo, el modelo no digamos de Inglaterra o Estados Unidos, pero por lo menos de Brasil, y además la cuestión del trabajo de campo. Vos fijate, los países de más desarrollo en antropología en América Latina: México y Brasil. Uno se pregunta ¿a qué se debe eso? Yo te diría que hay dos cosas importantes, me parece a mí. México tiene un sector campesino de origen indígena enorme, al cual tienen que hacerle frente económicamente, socialmente y políticamente, son productores agropecuarios, aldeas de origen indígena. Brasil tiene un problemón indígena impresionante, entonces ellos le han dado prioridad nacional a la antropología. Es decir, yo he conocido a uno de los tipos que se metieron realmente a la selva a estudiar a los indios, que fue Roberto Cardoso de Oliveira. Él y Darcy Ribeiro son tipos que dijeron: "Vamos a ver qué pasa con los indígenas". Pero tipos además de una capacidad intelectual impresionante...

**E: Y política también...**

**C.H:** Claro.

**E: Las dos cosas, ¿no?**

**C.H:** Claro. Darcy que era un tipo muy político, fue intendente de Rio de Janeiro o algo así. Darcy fue el que inventó el Sambódromo ese famoso (*sonríe*). Y una vez cuando estuvo acá, lo presentaron y dijo: “Me han dado muchos títulos y sólo me falta uno: emperador de Brasil”. (*Risas*).